

Luchar y Amar

Sansón: el guerrero

Anselm Grün



Sansón: el guerrero

Desde siempre me ha fascinado la historia de Sansón. Cuando era joven, me maravillaba de la fuerza casi ilimitada que se escondía en este hombre, de su valor y de la libertad con la que se situaba por encima de todas las normas. Sansón fue, desde su nacimiento, consagrado al Señor. Su fuerza le viene de Dios. Con ella habría de liberar al pueblo del dominio de los filisteos. Es el espíritu mismo del Señor el que le impulsa. Sansón toma por mujer a una filisteo. De camino desgarró a un león que sale a su paso. En la boda plantea a los invitados un acertijo. Si en siete días no lo adivinan, tendrán que darle treinta piezas de lino y treinta vestidos preciosos. Presionado por su lloriqueante mujer, Sansón le revela el acertijo a ella, que se lo comunica de inmediato a los filisteos. Como venganza, mató a treinta hombres y los despojó de sus vestidos para dárselos a los invitados de la boda. Se separó de su mujer y se la entregaron a uno de sus amigos.

Sansón no es sólo un hombre fuerte, sino también una persona llena de fantasía cuando se trataba de encontrar el modo de fastidiar a los filisteos. Cazó trescientos zorros, ató los zorros rabo con rabo y puso entre los rabos una tea, que él encendió. Los zorros echaron a correr con la tea encendida por los campos de trigo, por los viñedos y por los olivares. Toda la cosecha quedó destruida. Cuando gentes de su propio país le capturaron y le entregaron a los filisteos, rompió las ataduras y con la quijada de un asno mató a los filisteos. Poco después Sansón se enamoró de otra filisteo, llamada Dalila, y se casó con ella. Los filisteos la rogaron que averiguara de dónde le venía a Sansón aquella fuerza extraordinaria. Las tres primeras veces, Sansón engaña a su mujer. Ella le replica entonces; «¿Cómo puedes decir que me amas, si no tienes confianza en mí? Por tres veces te has burlado de mí y no me has revelado el secreto de tu extraordinaria fuerza. Y así lo importunaba un día y otro día, y lo mareaba hasta causarle un fastidio de muerte. Así que tuvo que decirle la verdad: La navaja no ha pasado nunca por mi cabeza, porque estoy consagrado a Dios desde el vientre de mi madre» (Jue 16,15-17). Como nazireo, es decir, como consagrado a Dios, no podía él, según la costumbre judía, cortarse el pelo. Pero Dalila dejó que su marido se durmiera sobre sus rodillas y le cortó todo el cabello, de forma que la fuerza le abandonó. Los filisteos lo capturaron y le sacaron los ojos. Después lo metieron en la cárcel. Cuando, pasado algún tiempo, celebraban una gran fiesta, llevaron a Sansón para divertirse con él. Pero en el intervalo sus cabellos fueron creciendo de nuevo. El se agarró a las columnas sobre las que descansaba la casa y las derribó. Todo el edificio cayó sobre él. «Así, los que mató al morir fueron más que los que había matado en vida» (Jue 16,30).

La Iglesia antigua interpretó teológicamente la quijotesca historia de Sansón, vio en Sansón, en el hombre del sol -cuya historia se recuerda en las aventuras del héroe griego Heracles-, una figura de Cristo. Como el nacimiento de Jesús le fue anunciado a María, así le anuncia un ángel a Manoa el nacimiento de un hijo. El hijo es consagrado a Dios. Su victoria sobre los enemigos es vista como imagen de la victoria de Jesús, que con su palabra derrota a los adversarios. El hecho de que Sansón arranque de cuajo las dos puertas de la ciudad de Gaza se convierte en imagen de la resurrección de Jesús, con la cual son derribadas las puertas de la muerte. Sansón es, igual que Jesús, apresado y ultrajado. Su muerte, con la que los enemigos quedan aniquilados, aparece como prefiguración de la muerte de Jesús en la cruz,

Luchar y Amar

Sansón: el guerrero



Anselm Grün

con la cual él nos libera de nuestros enemigos. La Iglesia antigua restó fuerza de esta manera a los rasgos más chocantes de la historia de Sansón. Pero, dejando a un lado esta interpretación de los padres de la Iglesia, la historia de Sansón podría entenderse también como un modelo arquetípico para nuestro camino hacia la plena realización de la masculinidad. Propio de la identidad del hombre es vencer el mal, no dejarse determinar por los enemigos de la vida, no obstinarse en el papel de víctima, sino luchar por la vida. Y en el camino hacia nuestra realización como hombres tenemos que asumir el riesgo de poder perder también en el combate.

Sansón es el típico guerrero. El arquetipo del guerrero no cuenta hoy con buena prensa. Las dos guerras mundiales se han cobrado infinidad de vidas humanas, y siempre hay guerreros que impulsan al mundo a nuevas guerras. El arquetipo del guerrero tiene dos caras contrastantes. Lo muestra ya el dios griego de la guerra, Ares (el latino Marte), que, por una parte, representa la fuerza masculina positiva y, por otra, era el menos respetado de los dioses del Olimpo a causa de su irritabilidad y su propensión a la lucha. El hombre-Ares tiene «un hilo directo con sus sentimientos y su cuerpo»¹, pero puede encarnar también el deseo incontrolado de pelea.

En el sentido positivo, el guerrero es imagen del que sabe enfrentarse con sus propios miedos y toma en sus manos-las riendas de su vida. El auténtico guerrero lucha siempre por la vida. Jamás lucha contra alguien, sino a favor de los hombres, para que ellos puedan vivir en paz. Sin hacer realidad el arquetipo del guerrero, «nunca nos capacitaríamos, de manera consciente, para la paz y la solidaridad»². El verdadero guerrero se hace responsable de su vida. Toma distancias respecto a las expectativas de los demás. Pero esto le lleva al conflicto. Muchos evitan los conflictos por las malas experiencias que han tenido de ellos; Pero, para desarrollar nuestra identidad, no podemos dejar los conflictos por el camino. Acabaríamos llenos de resentimiento. Y este resentimiento se descargaría en cualquier ocasión adversa. Sigmund Freud criticaba los métodos de educación en su tiempo, porque tales métodos no preparaban a los jóvenes para la agresividad. Precisamente en nuestro tiempo, cuando los jóvenes se sienten inclinados a la violencia, se hace precisa una orientación adecuada sobre el buen uso de la agresividad, sin dañar a nadie. La violencia es una utilización inadecuada de la agresividad. El violento está dominado por su agresividad, en lugar de ser él quien la domina. La agresividad pretende regular la relación de lo cercano y lo distante y me capacita para tomar distancias respecto a las expectativas de los demás. La violencia la ejerce solamente aquel que ha dado a otro poder sobre sí. Por no ser capaz de distanciarse, quiere aniquilar al que le tiene dominado interiormente. Pero así se destruye también a sí mismo. El violento se hace violencia a sí mismo. Da muerte a su alma.

Sansón no es todopoderoso. Tiene su punto débil. Cuando se le corta el cabello, la fuerza le abandona. Los griegos hablan de Aquiles, el más valiente de los héroes, pero vulnerable en su talón. Los alemanes cantan las hazañas de Sigfrido, que tampoco era totalmente invulnerable. Cuando se estaba bañando en la sangre del dragón, una hoja de tilo cae sobre su hombro, quedando aquel lugar exento de invulnerabilidad. Quien se embarca en el combate de la vida se verá herido en un momento u otro. Nuestra sociedad va precisamente en busca de las debilidades de hombres fuertes, que ocupan el primer plano de la pantalla

¹ J. S. Bolen, *Götter in jedem Mann. Besser verstehen. Wie Männer leben lieben*, Munich 1998, 256

² Fischedick, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 149

Luchar y Amar

Sansón: el guerrero

Anselm Grün



publicitaria; los espía en toda regla. Muchos hombres tienen miedo de que sus puntos débiles sean descubiertos. Se atrincheran detrás de sus supuestas corazas o se esconden tras una fachada de cortesía. Se preocupan sobre todo de no cometer ningún error, pero así tampoco sale de ellos nada positivo. No asumen ningún riesgo; dejan de luchar a favor de una buena causa por miedo al posible fracaso, como si todo el mundo fuera a desplomarse sobre ellos. Se niegan a poner en juego su vida por razón de la justicia y de la paz. El hombre auténtico no disimula sus debilidades. Lucha incluso con las heridas abiertas, aun cuando el público lo acose todavía más.

Los griegos hablan de «agonía», del dolor intenso del hombre. Lucas nos presenta a Jesús en el huerto de los olivos sumido en profunda agonía. Ethelbert Stauffer entiende la agonía como «miedo por la victoria ante la batalla cercana y decisiva, de la que depende el destino del mundo»³. Agonía es la lucha a muerte, la disposición a comprometerse en algo, aun cuando cueste la vida. Propio de la masculinidad es evidentemente el exponerse al peligro de muerte en la lucha por la vida. Patrick Arnold, un jesuita americano que ha escrito sobre el arquetipo del guerrero, dice que «un hombre ha de aprender a vivir en agonía, aun cuando haya tomado la decisión de permanecer como espectador y pasar su vida observando lo que sucede a su alrededor sentado en una mecedora en la terraza y con una limonada en compañía de sus tías solteras»⁴. Quien se sitúa frente al arquetipo del guerrero no tardará en sentirse impactado y lleno de miedo. Se está enfrentando a la vida misma, con sus conflictos. De este modo puede brotar de él vida mientras que del simple espectador no brota nada, a no ser aburrimiento e irritación. Los espectadores son sin duda quienes mejor saben todas las cosas, pero nunca llegan a conocerse a sí mismos en la confrontación con la vida.

Hoy, ante los signos de terror y la continua amenaza de guerra, se hace especialmente necesario reflexionar sobre el arquetipo del guerrero. El peligro más grave es el de los hombres emocionalmente heridos, «que en su sentido, su valor y su masculinidad no están seguros»⁵ de poder identificarse con este arquetipo. De tales guerreros no se puede esperar más que destrucción y ruina. El mandamiento principal del guerrero es «no actuar nunca de manera violenta, ni por ira ciega ni por deseo de venganza»⁶. Quien tiene que destruir a los demás por estar él interiormente destruido, ese no es un guerrero. Es más bien alguien que, dominado por el arquetipo del guerrero, se va destruyendo a sí mismo cada vez más. Robert Bly piensa que el verdadero arquetipo del guerrero tiene que ver algo con la protección de nuestras fronteras psíquicas. El guerrero se desmarca y se protege frente a las intromisiones externas, frente a los pinchazos de su entorno. Ser guerrero equivale a resistir frente al mal y remite a las peculiaridades más importantes de la masculinidad: «valor, entrega, perseverancia, destreza y serenidad heroica»⁷. El guerrero no es violento, sino que lucha por la paz. Luchadores por la paz, como Mahatma Gandhi y Martín Luther King, encarnan el arquetipo del guerrero cuando se niegan a permanecer en el papel de víctimas. Con la fuerza del guerrero, ellos, frente a una gran oposición, han llamado a la paz y han creado paz. El contrapunto del guerrero no es el que trabaja por la paz, sino la víctima pasiva, que se

³ W. Grundmann, *Das Evangelium nach Lukas*, Berlin 1996, 412

⁴ P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 61

⁵ *Ib.*, 142

⁶ *Ib.*, 145

⁷ *Ib.*, 142

Luchar y Amar

Sansón: el guerrero

Anselm Grün



identifica con su papel de víctima y se lamenta siempre de lo mal que va todo sin decidirse nunca a luchar por el bien.

La historia bíblica de Sansón pone ante nuestros ojos aspectos fundamentales de un guerrero. Refrena a un león. Se mide con el león. Entra en contacto con la fuerza del león. Ejerce bien su agresividad. Es también amigo de adivinanzas: no lucha sólo con su fuerza corporal, sino también con su inteligencia. Se trata de una batalla divertida. Es igualmente un contorsionista. Sabe cómo romper las cadenas con las que le han atado sus propios compatriotas para entregarlo a los filisteos. Además, no se deja sobornar, ni siquiera por sus amigos. El guerrero es el hombre independiente, libre de lazos familiares. Nadie puede atterrarlo. Finalmente, en la lucha contra los enemigos, Sansón pone en juego su propia vida. Nosotros necesitamos hoy hombres así, que se desliguen de toda atadura y se emancipen de grupos absorbentes para luchar en libertad por la vida.

Quizá haya una razón que explique el escaso interés que muestran actualmente los hombres por la espiritualidad: disponen de tantos elementos tranquilizantes y adormecedores que ya son incapaces de percibir la fuerza del guerrero. En los orígenes del monacato se concebía el camino espiritual como una lucha. Benito de Nursia habla de la «*militia Christi*», del servicio militar para Cristo. Benito exhorta al monje a empuñar las armas de la obediencia «para servir (*militan*) al verdadero rey, Cristo, el Señor» (*Regla de san Benito*, Prólogo 3). Benito se sitúa en la tradición de los primeros monasterios y de los padres de la Iglesia, que, en continuidad con el modo de pensar de los filósofos estoicos, hablan de combate espiritual, de lucha contra las pasiones y contra los demonios. Así escribe Basilio: «Un soldado de este mundo se lanza a la guerra contra un enemigo visible. Frente a ti, sin embargo, nunca dejará de haber un enemigo invisible a combatir» (Holzherr 37). Más adelante dirá que nada ha de retener al soldado de Cristo de «servir a Cristo Rey». Desde una perspectiva psicológica, se podría traducir: servir al verdadero yo, buscar sin desfallecer el camino hacia el propio centro.

Para Benito es evidente que el auténtico combate se libra en el interior del corazón. El combate espiritual fascinó entonces a muchos jóvenes, sin duda a los más fuertes. Hoy son más bien los hombres depresivos los que se sienten atraídos por la espiritualidad. Nuestro tiempo necesita de nuevo algo de aquella espiritualidad masculina que encarnó el monacato primitivo. Crecería entonces el número de hombres que se sentirían invitados a emprender el combate espiritual. Pero este combate no es sólo un combate interior, sino también un combate hacia fuera, una confrontación constante con los retos de la vida. El guerrero se mantiene firme en esa confrontación. No se retira cuando las dificultades aparecen. La actitud básica de la orden benedictina, la «*stabilitas*», expresa concretamente una constancia firme en la vida conventual. No se trata solamente de un permanecer en el mismo lugar, sino sobre todo de un persistir, de un no-desistir ante los conflictos de la vida. Quien se mantiene firme en el combate llega a comprender, tal como lo hicieron los primeros monjes, el espíritu de Jesús. Jesús fue también un luchador, uno que no se rindió, sino que resistió con firmeza. No esquivó el conflicto, sino que lo afrontó y soportó hasta el amargo final de la cruz.

La Iglesia primitiva conoce muchos santos que fueron soldados, como san Jorge, san Acacio y san Mauricio. Las leyendas que rodean a estos santos subrayan su entrega miliciana a la defensa de la vida. Eran guerreros que no orientaban su parte belicosa en contra de los hombres, sino a favor de su protección y su seguridad. De todos modos, la guerra no es lo mismo que la lucha. Nosotros luchamos en un campeonato deportivo. Luchamos por nuestro objetivo. En la imagen de la guerra juega siempre un papel importante el enemigo, es decir, alguien que amenaza nuestra vida. Para los primeros monjes, los soldados santos eran

Luchar y Amar

Sansón: el guerrero



Anselm Grün

modelos a imitar por su lucha contra los demonios, que salían a su encuentro y les obstaculizaban su camino hacia la vida. Por eso concibió san Benito la vida monacal como un servicio militar, como una confrontación permanente con las fuerzas que me quieren destruir.

En la Edad media se daba el vasallaje de los caballeros. Estos libraban duras batallas por la mujer que apreciaban y adoraban. Combate y amor estaban unidos para ellos. El caballero no era simplemente el tipo impetuoso; era aquel que ponía en un mismo saco lucha, medida y disciplina. Siempre se inclinaba a favor de los pobres y, en el amor, fantaseaba por una mujer de la nobleza, sin querer poseerla para sí. El filósofo judío Walter Schubart denomina a esta forma de amor como amor de adoración. El escribe: «La erótica de la adoración surgió en el siglo XII con el aprecio por la mujer... Tenían que ser mujeres geniales aquellas que entonces enardecieron al hombre hasta llevarle a la adoración, derribando la distinción de clases que había determinado la relación del género humano»⁸. Nosotros tendemos a pensar que los guerreros tratarían de manera ruda a las mujeres. En el caso del vasallaje de los caballeros, lo contrario es precisamente lo que se ajusta a la realidad. El caballero no pretendía poseer a la mujer. La amaba y cantaba su amor en maravillosas canciones. Pero mantenía siempre una distancia respetuosa con la mujer adorada. Nosotros no podemos reproducir ese amor caballeresco. Pero sí podemos aprender de él a unir dentro de nosotros al guerrero y al galán. No hay duda de que existe una relación profunda entre estos dos arquetipos. El rey David, sobre el que ahora nos detendremos, une en sí las dos figuras del guerrero y el galán.

⁸ W. Schubart, *Religion und Eros*, Munich 1941, 121-122